

Cuba: revolución, educación y ciudadanía

Guillermo Díaz Rodríguez

Entender hoy la esencia ideológica de cualquier país, exige asumir el problema desde muy diversas perspectivas. La lectura profunda de la identidad cultural de cualquier pueblo abarca también diferentes caminos. Todo enfoque puede resultar gnoseológicamente válido y hasta necesario; pero no caben dudas que para llegar al fondo, para dimensionar con objetividad lo que somos hoy en este mundo, es imprescindible explicarnos el contexto educacional en que vivimos, como expresión más diáfana del tipo de sociedad que somos. Intentar la dilucidación de las múltiples relaciones entre el proyecto sociopolítico del país y los fundamentos de su sistema educacional puede ser la clave para una respuesta que sea, por lo menos, coherente.

Desde esta lógica, entender Cuba hoy, exige un cuidadoso análisis de lo que ha sido, y es, su sistema educacional en las últimas cuatro décadas, en que Revolución y Educación han devenido una unidad dialéctica en el difícil empeño de construir una vida mejor, una ciudadanía más plena, un hombre más feliz. En las condiciones particulares de ese proceso, en sus aciertos y dasaciertos, resulta posible identificar los rasgos que tipifican la sociedad cubana contemporánea, que como se sabe, está sometida a profundas transformaciones para intentar articularse a un mundo sumamente complejo sin renunciar a los valores y al bienestar social surgidos de estos años de mucho trabajo.

En casi cuarenta años de práctica revolucionaria los cubanos hemos aprendido que la calidad de vida del pueblo tiene mucho que ver con la calidad de su sistema educacional. La educación en Cuba no es perfecta, es humana, y como toda obra humana tiene méritos y tiene defectos. Pero lo que se ha conseguido en estos años era inimaginable para los cubanos antes del triunfo de la Revolución en 1959, a pesar de que, como se sabe, nuestro proyecto pedagógico se ha construido en difíciles condiciones económicas y bajo la presión y la agresividad del gobierno de la nación más poderosa del mundo. Quizás por eso también hemos aprendido que el desarrollo educacional de un país no

depende solo de la riqueza o la pobreza. Por encima de las condiciones materiales está la voluntad política, la participación popular en torno al proyecto que se intenta construir, la tenacidad y mucho trabajo.

La educación cubana es uno de los resultados más acabados de un proyecto social que tuvo como centro desde sus inicios al hombre, con sus contradicciones, sus dudas, sus búsquedas y sus utopías. Para ello fue necesario destruir primero las causas que hacían que cada año los ricos fuesen más ricos y los pobres más desgarradoramente pobres, lo que había convertido a la educación cubana en lo que es hoy en la mayor parte de los países de la región: un verdadero caos. Con una población en la época de alrededor de siete millones de habitantes, había en el país más de un millón de analfabetos, medio millón de niños sin escuela, una enseñanza primaria que solo atendía a la mitad de la población escolar, una enseñanza media y superior que era privilegio de una élite radicada fundamentalmente en los centros urbanos del país y más de diez mil profesores sin trabajo, por solo citar algunos aspectos. Fue necesario la llegada de la Revolución para empezar a construir la educación que hoy tenemos, con la que se han eliminado las consecuencias de más de cuatrocientos años de colonización española y medio siglo de neocolonialismo norteamericano.

Desde entonces la educación cubana fue concebida como un acto de democracia popular, como un instrumento de comunicación entre los hombres, como un medio de desarrollo de la mentalidad y de las actitudes acordes con el proyecto revolucionario que se iniciaba y como una vía para la creación de nuevos valores ciudadanos capaces de hacer tangibles las aspiraciones de todo el pueblo.

Para comenzar fue necesario estructurar la educación como un sistema continuo y dinámico y convertir la escuela en la sólida institución social que es hoy, en un centro cultural por excelencia de cada comunidad. Se intentó materializar en la práctica el pensamiento de José Martí, el Apóstol de la independencia y más grande educador cubano de todos los tiempos, que en el siglo pasado afirmó que “ser cultos es el único modo de ser libres”. Con esta convicción, el proyecto pedagógico cubano se aproxima a los cuarenta años y, a pesar de los errores cometidos se han alcanzado resultados incompatibles con la realidad existente en los demás países del Tercer Mundo.

A la víspera del tercer milenio, la educación en Cuba ya no es un proyecto, entendiendo el término como idea de futuro o planeamiento de objetivos a alcanzar. La educación en Cuba es una realidad que se expresa, entre otros, en los siguientes resultados:

- Se erradicó el analfabetismo como problema social. Existe hoy apenas un 2,2% de analfabetos adultos y el trabajo de alfabetización continúa. Cuando hablamos de alfabetización en Cuba, nos estamos refiriendo a un pueblo que alcanzó un nivel promedio de nueve años de estudio y que independientemente de su crecimiento intelectual, avanzó mucho en formación político ideológica y en términos de participación ciudadana.

La educación en Cuba tiene carácter universal y es en la práctica un derecho de todos los cubanos sin importar la raza, el sexo, la extracción social, el credo religioso o la convicción política.

La educación en su totalidad es responsabilidad del Estado y a ella se vincula toda la sociedad en un acto de plena democracia, porque en Cuba la educación es tarea de todos, se construye con el concurso de todos. Es realmente un acto de verdadera participación popular.

Toda la educación cubana es pública y gratuita, desde preescolar hasta el nivel superior. Mas a diferencia de muchos otros países se trata de una educación pública de calidad, sometida permanentemente a un proceso de perfeccionamiento. Es un proyecto de educación popular planeado en función de la población como un todo, pero que considera el mérito individual, el esfuerzo de cada uno, la capacidad personal de entrega a la obra que estamos construyendo.

En Cuba están garantizados los servicios educacionales en todo el territorio del país, incluyendo los lugares históricamente abandonados, como las zonas rurales y montañosas. Esto ha permitido que toda la población infantil de seis a doce años esté en la escuela y que el 94,6% de los que tienen de trece a dieciséis años se escolaricen, incluyendo a la totalidad de los portadores de deficiencias físicas, mentales o de conducta, que reciben un tratamiento especial y diferenciado.

Se ha estructurado un proyecto pedagógico que tiene como base teórica y práctica el trabajo como principio educativo y que ha experimentado todas las vías posibles para que la base de la educación sea la vinculación del estudio con el trabajo.

Se ha estructurado un complejo y eficiente sistema de capacitación del personal docente a partir de la concepción de que la calidad de la educación se articula directamente con la calidad de sus profesores. Después de explorar diversos caminos, desde la década del ochenta, todos los profesores cubanos se forman con nivel universitario en una red de quince instituciones que tiene el país, integradas armónicamente a la educación de cada una de las catorce pro-

vincias cubanas. Sistemáticamente miles de profesores cubanos se perfeccionan fuera de sus escuelas sin afectación salarial.

Cuba cuenta hoy con más de doscientos cincuenta mil profesores que, junto a una sólida formación académica, tienen una alta dosis de sensibilidad humana y un profundo sentimiento de solidaridad. La habilitación del profesor cubano no se concibe apenas en términos académicos, es en primer lugar, formación en términos de crecimiento humano, de ciudadanía. Hoy el país dispone de un profesor por cada cuarenta y dos habitantes y un profesor por cada nueve alumnos, por lo que se cuenta con una enorme fuerza para influir en la formación de las nuevas generaciones y trabajar en función del proyecto cultural que se intenta construir.

El sistema educacional cubano garantiza a todas las escuelas la cobertura de salud, con prestación de servicios médicos y odontológicos gratuitos a todos los profesores y estudiantes. La familia cubana tiene completa garantía de que sus hijos asisten a una escuela donde no hay drogas, ni violencia, ni desigualdades, ni discriminación, problemas que el mundo enfrenta hoy asustadoramente.

La educación en Cuba es expresión del carácter solidario de su Revolución. Miles de profesores cubanos han prestado sus servicios en muchos países del mundo y cerca de dieciocho mil jóvenes de más de cincuenta países han estudiado y se han formado en Cuba, muchos de ellos con calificación universitaria.

A pesar de los problemas económicos a los que se ha enfrentado el país en la década del 90, el estado ha garantizado las condiciones necesarias para que cada año estudien más de dos millones y medio de los once millones de habitantes que tiene la isla. En medio de las restricciones materiales que hemos enfrentado el Estado sigue brindando los cuadernos, los lápices, los libros, los uniformes escolares y los medios didácticos imprescindibles para el cumplimiento de los objetivos programados. Aún en estas condiciones más de seiscientos mil niños disfrutan de seminternado con almuerzo y más de doscientos ochenta mil estudian en escuelas internas que incluyen la alimentación y las demás condiciones de vida.

Los años noventa han sido particularmente complejos para la educación cubana. Este período se ha caracterizado por una dinámica articulación de los conceptos de continuidad y de ruptura, como consecuencia de las profundas y aceleradas transformaciones que se han operado en el mundo y su impacto en el desarrollo económico social del país.

Por una parte, el proyecto educativo ha reafirmado la continuidad dialéctica de lo que cuantitativa y cualitativamente se había alcanzado en las últimas

tres décadas y, por la otra, se ha intentado insertar la educación en un contexto caracterizado por replanteos tácticos, búsquedas y cuestionamientos.

Estratégicamente los cubanos sabemos muy bien lo que queremos en términos de educación; mas ese camino, históricamente lleno de dificultades, ha alcanzado en estos años que anteceden al siglo XXI características particularmente diferentes.

Si para la educación cubana en general esta etapa ha sido difícil, para la educación básica ha resultado todavía más compleja por tener como objeto de trabajo a alumnos en edades muy susceptibles de buenas y malas influencias ideológicas. Si hasta hace poco tiempo los nueve años de la educación básica constituían esencialmente un tránsito al preuniversitario para luego acceder a las universidades, hoy se convierten para muchos cubanos en enseñanza terminal, pues las expectativas generales de cursar estudios superiores han cedido lugar a aspiraciones más consecuentes con la realidad económica que vivimos, originándose una tendencia a insertarse más tempranamente en el mercado de trabajo.

Desde esta perspectiva, la educación cubana ha exigido un profundo perfeccionamiento de sus concepciones y métodos; y su proyecto pedagógico ha demandado un consciente reforzamiento de su base politécnica y laboral, de manera que los jóvenes puedan asumir con éxito el protagonismo que les corresponde en el proceso de transformaciones que se produce en el país y en la solución de los problemas que afectan su economía y su vida social.

Pedagógicamente se trata de concebir el proceso docente educativo en la escuela y la labor educacional de la sociedad en su conjunto, como un acto plural, como un sistema de influencias que, sobre todo, se proponga la formación de valores ciudadanos.

Esta dimensión del problema ha implicado asumir críticamente el sistema de relaciones y de actividades vigentes, pues estudios recientes han demostrado insuficiencias en este sentido que afectan el enfoque democrático de las estrategias educativas imprescindibles.

La educación cubana trabaja hoy para que la familia, la escuela, los medios de comunicación masiva, las organizaciones políticas y comunitarias y todos los que tienen que ver con este empeño lo hagan con el enfoque socializador que se necesita, privilegiando la atención a las individualidades y haciendo que participen activamente en el proceso.

Sin intentar conclusiones apresuradas o definitivas, ante las demandas de los años noventa, la educación cubana intenta poner en práctica, entre otras, las siguientes proyecciones:

- profundizar en el conocimiento de las características psicológicas de los escolares, propiciando que la labor educativa estimule su autoafirmación ciudadana;
- fortalecer los vínculos de la escuela con la comunidad y la familia con el propósito de alcanzar mayor coherencia en las funciones educativas;
- reforzar las influencias educativas para formar ciudadanos con un fuerte sentido de identidad nacional, dignidad y solidaridad humanas frente a las tendencias que en aras de la globalización tienden a debilitar el sentido patriótico y la soberanía de nuestros pueblos;
- propiciar el conocimiento de las mejores tradiciones culturales y patrióticas latinoamericanas, considerando la necesidad y la tendencia a la integración de los países entre el Río Bravo y la Patagonia;
- buscar y poner en práctica múltiples caminos didácticos que contribuyan a la construcción y apropiación de los conocimientos científico-técnicos, humanísticos y prácticos;
- experimentar todas las vías posibles para hacer que los alumnos aprendan a pensar, a tomar decisiones y a actuar con responsabilidad a partir de sus necesidades, experiencias y aspiraciones;
- democratizar el proceso y funcionamiento del sistema de relaciones en las escuelas, convirtiéndolas en verdaderos espacios para el ejercicio de la opinión, la discrepancia, la discusión, la crítica, la reflexión, el intercambio y el acuerdo; es decir, donde se favorezca la cultura del diálogo y la racional tolerancia;
- fortalecer las funciones laborales de los niños y jóvenes no solo en lo que se refiere a la producción de bienes materiales para la actualidad, sino para prepararlos como futuros trabajadores.

Estas definiciones no son apenas una especulación teórica. Son el resultado de rigurosas investigaciones realizadas durante muchos años y se expresan en un trabajo práctico que ya viene incorporándose a la escuela cubana contemporánea.

Cada uno de estos objetivos es evaluado sistemáticamente y sometido a un fuerte proceso de perfeccionamiento continuo como única vía posible de realización exitosa.

Alcanzaremos tan ambiciosos objetivos?

Estaremos realmente a la altura de los desafíos?

El tiempo irá proporcionando las respuestas; pero de lo que no hay dudas es de que se trabaja con claridad de lo que se pretende obtener y de que existe coherencia y una fuerte dosis de compromiso. Con estos elementos a nuestro favor seguimos creyendo firmemente en la educación como un sueño realizable, como vía de desarrollo social, como vía de mejoramiento del proyecto que construimos, como vía para seguir siendo libres, democráticos y humanos.

Resueltos en lo fundamental los problemas de política educativa, de infraestructura y de organización, la utopía de una educación revolucionaria y ciudadana resulta viable y posible y a eso dedicamos lo mejor de cada uno de nosotros, convencidos de que como afirmara José Martí, el maestro por excelencia de los cubanos, "puesto que a vivir viene el hombre, la educación ha de prepararlo para la vida".

Guillermo Díaz Rodríguez

Doctor en Ciencias Pedagógicas y Representante del Ministerio de Educación de Cuba en Brasil.